



ANTONIO SAURA

1930 - 1998

En sus cuadros, casi monocromáticos domina el gesto intuitivo violentamente expresivo y cristalizado que conduce al apesadumado y brutal encuentro entre la tensión, la contradicción y la complejidad. En este atenuado desorden se genera una emocionante solución estética captable instantáneamente como un golpe, sin que la admiración o el ensimismamiento sean necesarios para percibirla. De estos lienzos nace una agitada brusquedad que, sin disimulos ni concesiones, agrade al espectador. El artista adjudica a esta brusquedad o aspereza un carácter constitutivo tan esencial como el color o la línea. Así, con sorprendente claridad, propone un estruendoso modo de hacer ver, sentir y completar el encuentro estético: crueldad, divinidad, sexualidad, vejez, religiosidad, denuncia, pasión. Este ritmo desenfundado traduce una aventurada anticipación del resultado que contrasta con la sosegada atmósfera que emana de la realidad. Todo se integra en una personalísima y «monstrualizada» estética pictórica.

La observación visual inicial aprecia rápidamente lo que un cuadro contiene de representativo o anecdótico y, a partir de este momento, nace el profundo estudio de lo estrictamente pictórico, de la abstracción pura que existe en cada cuadro. Esta percepción no se adquiere fácilmente. Es consecuencia de un ejercicio mental continuo que se pone en marcha, prácticamente de modo automático, al observar cada cuadro sin que, necesariamente, se tengan en cuenta los diferentes estilos pictóricos que, a lo largo de la historia, se han descrito.

Alberto Portera

Neurólogo y experto
en la historia del
arte.